



Parroquia San Ignacio de Loyola

“Dios quiso nacer en una familia humana, quiso tener una madre y un padre, como nosotros...”

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA

PREPARANDO EL TERRENO

“Yavé se dirigió otra vez a Ajaz, por medio de Isaías, que le dijo: «Pide a Yavé, tu Dios, una señal, aunque sea en las profundidades del lugar oscuro o en las alturas del cielo.» 12 Respondió Ajaz: «No la pediré, porque no quiero poner a prueba a Yavé.» Entonces Isaías dijo: «¡Oigan, herederos de David! ¿No les basta molestar a todos, que también quieren cansar a mi Dios? El Señor, pues, les dará esta señal: La joven está embarazada y da a luz un varón a quien le pone el nombre de Emmanuel, es decir: Dios-con-nosotros.” (Is. 7:10-14)

Dios ha entrado en nuestra humanidad. El Dios que el universo entero no puede contener se ha convertido misteriosa pero verdaderamente en un infante absolutamente indefenso y dependiente de otros seres humanos limitados para poder sobrevivir un solo día. Ahora Dios comparte tu humanidad: conoce tu hambre, tus tentaciones, tus luchas y dudas, lo que te angustia y lo que te hace sufrir, y se compadece de ti, se solidariza contigo.

Sin embargo, la Encarnación va más allá de una mera solidaridad y un compartir con la humanidad. Hugo de San Víctor imaginaba que Dios, desde la eternidad, deseaba unirse con su creación. Entró en una humanidad desfigurada por el pecado, y así, esa unión deseada por Dios-Amor se convirtió en misericordia. Dios, llevando en su corazón nuestra miseria, tomó acción y asumió la humanidad con todas sus limitaciones, haciéndose obediente, hasta morir en la cruz para que en la humanidad de Cristo, divinizada en la Resurrección, nuestra humanidad compartida con Dios se divinizará también.

Como dice un villancico en inglés: “María, ¿sabías que cuando besabas a tu pequeño bebé, besabas la cara de Dios?” Gracias a la Encarnación, cada ser humano lleva la “cara de Dios” porque nuestra humanidad es ahora compartida, divinizada, llena de gracia.

—P. Larry

“Dios quiso nacer en una familia humana, quiso tener una madre y un padre, como nosotros. ... Casi cada día la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí mismos y para sus familias. En tierras lejanas, incluso cuando encuentran trabajo, no siempre los refugiados y los inmigrantes encuentran auténtica acogida, respeto, aprecio por los valores que llevan consigo. Sus legítimas expectativas chocan con situaciones complejas y dificultades que a veces parecen insuperables. Por ello, mientras fijamos la mirada en la Sagrada Familia de Nazaret en el momento en que se ve obligada a huir, pensemos en el drama de los inmigrantes y refugiados que son víctimas del rechazo y de la explotación, que son víctimas de la trata de personas y del trabajo esclavo. Pero pensemos también en los demás «exiliados»: yo les llamaría «exiliados ocultos», esos exiliados que pueden encontrarse en el seno de las familias mismas: los ancianos, por ejemplo, que a veces son tratados como presencias que estorban. Muchas veces pienso que un signo para saber cómo va una familia es ver cómo se tratan en ella a los niños y a los ancianos.”

(Ángelus, Domingo, 29 de diciembre de 2013, Papa Francisco)

Preguntas para ayudar con la reflexión

—Sabemos que la misericordia nos empuja a ayudar a las personas sin techo y a los encarcelados. Sin embargo, como las viudas y los huérfanos del Antiguo Testamento representan a todo el *anawim* de Dios — o sea, a todos los predilectos de Dios — así también las personas sin techo y los encarcelados de hoy. Los ancianos, los niños cuyos padres trabajan y no los atienden, la famosa “oveja negra” de la familia a quien nadie soporta, el refugiado, el crónicamente enfermo, entre muchos otros. ¿Quiénes son el *anawim* de Dios que necesita de mi compasión hoy? ¿Estoy dispuesto a dar de mi tiempo para servir de manifestación de la misericordia de Dios para esas persona? ¿Puedo identificar lo que realmente necesitan de mí? ¿Es algo difícil a dar? ¿Por qué? ¿Tengo miedo de comprometerme o de acercarme a esas personas? ¿Por qué? ¿Qué es lo peor que podría suceder? ¿Qué bien podría producir en mí y en el otro?

¡FELIZ AÑO NUEVO A TODOS!

El Año Nuevo

Nuestro Año Nuevo católico comienza realmente el primer domingo de Adviento. Sin embargo, viviendo también como peregrinos en este mundo, participamos en la celebración del Año Nuevo seglar, cuando muchos, por ninguna razón particular, excepto por el cambio de una fecha, hacen todo tipo de “resoluciones” para el nuevo año. Para nosotros los católicos, existe una tradición de los 12 días de la Navidad, entre el día 25 de diciembre y el 6 de enero. Cada día, la Iglesia celebra una fiesta y, de hecho, la Octava de la Navidad — los ocho días que siguen el 25 de diciembre — se celebran como si fueran el mismo día de Navidad. El 1ro de enero es una fiesta bien especial, para comenzar bien nuestro año: la Solemnidad de María, Madre de Dios. Durante ese octavo día creció una tradición en unos países de preparar galletitas para los que visitaban a sus vecinos, de dónde viene la costumbre de dejar galletitas y leche para el visitante Santa Claus. El nombre del mes, “enero”, tiene sus orígenes en el dios *Janus* de los romanos — un dios con dos caras, una que miraba hacia atrás y otra que miraba hacia delante. Para nosotros, los peregrinos del Reino, seguimos progresando. Lo nuestro no es un recommienzo. Puede ser que tropecemos y que caigamos, pero es parte de nuestro caminar. Hasta los tropiezos y las caídas nos enseñan de la vida y de la misericordia de Dios, y nos ayudan a crecer. Nosotros tenemos nuestra origen y también nuestra meta en Dios, en un Dios que nos acompaña, tratándonos no como merecemos, sino con ternura y comprensión, sanándonos y reconciliándonos, y sin nunca abandonarnos. En este año nuevo, en vez de hacer resoluciones, que, mirando hacia atrás, seamos agradecidos por lo bueno y lo malo que hemos tenido, y, mirando hacia delante, vayamos determinados cada día más vivir la vida como buenos administradores de las cosas de Dios.

LECTURAS DE LA SEMANA

Dom 29: **La Sagrada Familia** Sir 3:3-7; Sal 127; Col 3:12-21; Mt 2:13-15, 19-23

Lun 30: **VI Día Infraoctava de Navidad** 1 Jn 2:12-17; Sal 95; Lc 2:36-40

Mar 31: **VII Día Infraoctava de Navidad** 1 Jn 2:18-21; Sal 95; Jn 1:1-18

Miér 1: **Santa María, Madre de Dios** Núm 6:22-27; Sal 66; Gál 4:4-7; Lc 2:16-21

Jue 2: 1 Jn 2:22-28; Sal 97; Jn 1:19-28

Vier 3: 1 Jn 2:29-3:6; Sal 97; Jn 1:29-34

Sáb 4: 1 Jn 3:7-10; Sal 97; Jn 1:35-42

Jarrón de Bendiciones

Busca un jarrón. Este jarrón servirá para conservar un recuerdo de la bendiciones que ocurrirán a cada miembro de la familia. Los niños pueden decorarlo como quieren. Puede ser que cada miembro tenga su propio jarrón.

A través del año, cada miembro de la familia escribe en un papelito acerca de una petición a que Dios respondió, o de un evento feliz, o de un gesto de caridad o de tenura mostrado, posiblemente de un acto de misericordia recibido o de algo bello que se ha visto u oído.

Estos recuerdos no tienen que ser muy detallados. Un ejemplo podría ser: “Hice una caminata sobre una alfombra de flores de un roble y me sentí como rey.”

El 1ro de enero del próximo año, se puede reunir a la familia y compartir unos de estos recuerdos del año anterior para apreciar que, aunque muchas cosas negativas ocurren durante un año, siempre hay más bendiciones que pesares. Luego dejen que el compartir se amplie más allá de lo escrito para compartir así sentimientos y apreciaciones de todos los que contribuían a hacer del año uno bien bendecido.

